

Trigésimo segundo domingo del tiempo ordinario

“Dios no es dios de muertos, sino de vivos”

RÓDIGO PORTILLO
RAYMUNDO PORTILLO
PETRIETPAULI@GMAIL.COM

En el evangelio de este domingo aparece nuevamente Jesús hablando con los saduceos, un grupo de judíos que según la misma sagrada escritura eran los más conservadores en la defensa de la ley y que apoyados en los escritos de Moisés y de algunos profetas, negaban la resurrección de los muertos.

Debido a esto, le plantean a Jesús un episodio hipotético, en el que una mujer se casa con siete hermanos de la misma familia, situación sumamente exagerada, y realizada por los saduceos con la intención de refutar la resurrección de los muertos.

Pero Jesús, que conoce las intenciones, habla de la resurrección con relación a los justos, que no son más que los que creen en Dios y en la vida que Él nos trae.

La frase que nos revela este misterio la encontramos en las últimas líneas del evangelio de este domingo, donde Jesús dice: “Porque Dios no es dios de muertos, sino de vivos, pues para Él todos viven”.

Son palabras realmente reveladoras para nosotros, porque hoy en día vivimos en una sociedad donde la muerte se ha vuelto parte de nuestra cotidianidad; no nos sorprende cómo las páginas de nuestros periódicos se llenan de hechos sangrientos a causa de la violencia y el odio; y muchas veces justificados por al-

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas 20,27-38.

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús algunos saduceos. Como los saduceos niegan la resurrección de los muertos, le preguntaron: “Maestro, Moisés nos dejó escrito que si alguno tiene un hermano casado que muere sin haber tenido hijos, se case con la viuda para dar descendencia a su hermano. Hubo una vez siete hermanos, el mayor de los cuales se casó y murió sin dejar hijos. El segundo, el tercero y los demás, hasta el séptimo, tomaron por esposa a la viuda y todos murieron sin dejar sucesión. Por fin murió también la viuda. Ahora bien, cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será esposa la mujer, pues los siete estuvieron casados con ella?”.

Jesús les dijo: “En esta vida, hombres y mujeres se casan, pero en la vida futura, los que sean juzgados dignos de ella y de la resurrección de los muertos no se casarán ni podrán ya morir, porque serán como los ángeles e hijos de Dios, pues Él los habrá resucitado. Y que los muertos resucitan, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para Él todos viven.”

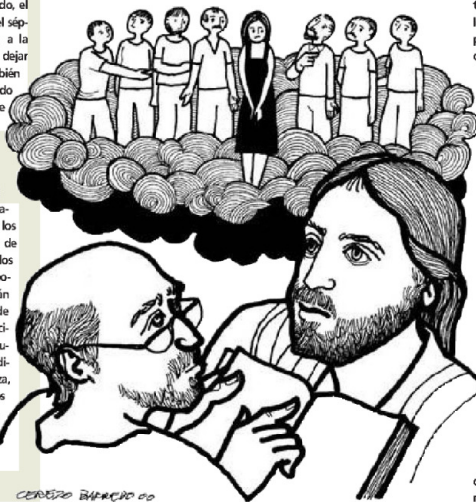
gún ideal que muy lejos de hacernos bien, nos destruye poco a poco sin darnos cuenta.

Por eso las palabras de Jesús son sumamente importantes para nosotros; hoy en día podemos afirmar sin temor a equivocarnos que Jesús ha venido a darnos su vida, y que entregándose por nosotros ha destruido y vencido a la muerte.

Su resurrección no es más que el acto supremo de amor por nosotros, la cual nos lleva a vivir

constantemente en una feliz esperanza y en un consuelo, en aquel que nos ha amado y ha dado su vida por rescate nuestro.

Nada ni nadie podrá separarnos de este amor, porque como dice San Pablo: “ni la muerte ni la vida... ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, señor nuestro” (cfr. Rom 8,38-39).



CEREZO BARREDO 00

Domingo del Abrazo en Familia

Este domingo la Iglesia venezolana conluye la décimoséptima jornada nacional del Abrazo en Familia, en donde a lo largo de toda la semana hemos ido reflexionando con el lema propuesto para esta ocasión: *El respeto, centro de la armonía familiar*, haciendo con esto un serio llamado a todas las familias venezolanas a pensar seriamente en la importancia del respeto en la vida social y armónica de la familia humana.

Tema que cobra una vigencia imperiosa en medio de una Venezuela, en donde cada vez más el irrespeto, los insultos y las descalificaciones se han vuelto el acento de las relaciones interpersonales de nuestra sociedad.

Y es que para nadie es un secreto que el irrespeto ha trascendido las barreras de la política, donde lamentablemente se había infiltrado. Y silenciosamente se ha ido abriendo paso, ya no sólo en nuestro trato con los vecinos y demás ciudadanos que nos rodean, sino inclusive con los miembros de nuestra propia familia.

¿Cuántas veces hemos visto con preocupación el irrespeto y las descalificaciones de los hijos con los padres, o viceversa; de los estudiantes con sus profesores, de los jóvenes con los ancianos, de los ciudadanos con sus autoridades legítimas? ¿Cuántas familias se encuentran divididas por motivos políticos, sociales o económicos?

Tristemente la respuesta es afirmativa y numerosa, y es por eso que el llamado de la Iglesia se hace urgente, en una sociedad dividida por el irrespeto y los insultos personales; es imposible que se pretenda construir un país en donde no se respete la diferencia de la individualidad, del modo de ser, de pensar y de actuar del otro, que tiene los mismos derechos, como ciudadano e hijo de la misma patria.